

# Desnuda y la pasión

## LUIS FERNANDO ESCALONA

Despertó desnuda. Las blancas cobijas caían como cascada a los lados del colchón. Una suave brisa se filtró traviesa hacia su cama y las caricias discretas del viento estremecieron su cuerpo. Se removió y abrió los ojos. Una sonrisa se dibujó en su rostro y suspiró.

Se levantó y caminó hacia la ventana abierta. Las cortinas estaban corridas, y mientras se acercaba, las curvas de su frágil cuerpo iban de un lado a otro, provocativas, silenciosas. Sus senos firmes querían desafiar al horizonte.

Cuando se asomó y respiró aquel delicado aire tibio, su piel brilló como el oro blanco. Allá abajo, un hermoso paisaje se desvistió ante ella, como incitándole a cometer una travesura. El cielo seductor la miraba con nubes impúdicas. El mismo lago la deseó. Sus aguas cristalinas anhelaban acariciar su fresca entrepierna con corrientes frías, movidas por aquel viento apasionado que le pellizcaba su sexo con cierta incredulidad.

Su cabello ondulado caía en cataratas castañas por su blanca espalda de ninfa. Sus muslos torneados, suaves y frescos, pidieron dedos que los provocaran. Entonces, unas manos cálidas se posaron en su vientre

y ella cerró los ojos. Sonrió al sentir aquella fortaleza que se obsesionaba con su ser.

Escuchó aquellos susurros y frases guturales de su amante muy cerca de su oído; su piel muy metida en la de ella; su aroma, algo dulce que le recorría cada poro de su cuerpo y su cabello fresco y sedoso.

Las manos tomaron diferentes senderos. Una se posó en el muslo y se removía hacia atrás, donde las caricias tomaban la forma de sus nalgas. Su aliento cada vez más cerca de ella. La otra subió con delicadeza y lentamente se posó en su seno. Lo acarició con suavidad, tomó entre sus dedos el pezón, que comenzó a endurecerse y entonces, lo pellizcó tiernamente.

El sexo de ella comenzaba a humedecerse y la mano que acariciaba sus piernas, se deslizó sigilosa entre sus muslos. Dos de aquellos dedos se pasearon por la zona mojada y lentamente se fueron introduciendo. Podía sentirlo tan cerca suyo. Quería amarlo por siempre. Besarle. Hacerle el amor.

Sintió que la piel se le erizaba al sentir sus palabras en los oídos y el movimiento dentro de ella iba de adentro hacia fuera. Despacio. Muy despacio al principio. Después, sintió que los introducía por completo y no pudo reprimir un gemido de placer y una sonrisa para él. Lo hacía con ternura.

Ella llevó su mano hacia su boca y con su lengua, mojó uno de los dedos y lo llevó hacia sus pezones. El movimiento en su interior se hizo cada vez más rápido e intenso. Entonces aquellas manos lujuriosas la llevaron de vuelta a la cama.

Ya tendida en el colchón, sintió una profunda penetración. Sus tímidos gemidos se hicieron gritos de placer y el mundo a su alrededor fue desapareciendo por completo. Se sentía libre. Creyó que perdía la conciencia. Casi podía volar. Toda ella era un cúmulo de lujuria.

Su amante se movía como loco en su interior y poco a poco fue sintiendo un escalofrío en la boca de su estómago que se expandía hacia su pecho y su espalda. Imágenes rojas se cruzaban en su mente mientras alcanzaba el clímax de aquella pasión.

La energía le corría por las venas, los músculos y la sangre de su zona pélvica. Era una fuerza que se

acumulaba en su centro y después se propagaba, explotando en todo su cuerpo, como un volcán que avienta trozos de lava y que siguen una y otra vez, cada vez más intensos, calientes y deliciosos. Un fuerte grito inundó el cuarto y su respiración agitada fue perdiendo fuerza.

Tenía los ojos cerrados. En todo momento, se había limitado a sentir a aquel amante tan suyo. Sonrió. Tenía la boca fresca, como si hubiese estado chupando un hielo. Cuando todo hubo terminado abrió los ojos. Recorrió la habitación con la mirada; una habitación que le miraba sorprendida. Incluso el mismo cielo y el lago estaban mudos ante aquella entrega pasional.

En ese momento, cayó en cuenta del silencio absoluto que reinaba.

Se encontraba sola. ■

lf@escalona.org



Del Prado